

## PERSONAJES

EL ABUELO (ciego).

EL PADRE.

EL TIO.

LAS TRES NIÑAS.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

LA CRIADA.

---

*La escena en nuestros días.*



## ACTO UNICO

Sala sombría de un caserón de campo. Puertas á derecha é izquierda y en un ángulo una puertecilla falsa. Al fondo ventanas con cristales verdes, y una puerta vidriera que da á una solana. Un gran reloj flamenco en la pared, y una lámpara encendida.

### ESCENA PRIMERA

EL ABUELO, EL PADRE, EL TIO  
y LAS TRES NIÑAS.

LAS TRES NIÑAS.—Venga usted acá, abuelo; siéntese al lado de la lámpara.

EL ABUELO.—Me parece que no hay mucha claridad aquí.

EL PADRE.—¿Vamos á la solana, ó nos quedamos en esta sala?

EL TIO.—Valdría más que nos quedáramos aquí. Toda la semana ha estado lloviendo y las noches son húmedas y frías.

LA NIÑA MAYOR.—Con todo, hay estrellas.

EL TIO.—Las estrellas nada significan.

EL ABUELO.—Mejor es que estemos aquí; no sabemos lo que puede suceder.

EL PADRE.—No hay motivos por estar inquietos. El peligro ha pasado; está salvada.

- EL ABUELO.—Yo creo que no está mejor...
- EL PADRE.—¿Porqué dice usted eso?
- EL ABUELO.—He oído su voz.
- EL PADRE.—Pero si los médicos afirman que podemos estar tranquilos...
- EL TIO.—Ya sabes que tu suegro se complace en inquietarnos inútilmente.
- EL ABUELO.—Vosotros veis; yo no.
- EL TIO.—Pues por eso mismo ha de creernos usted. Esta tarde tenía buena cara. Ahora duerme profundamente, y no es cosa de que hechemos á perder la primera velada que se nos presenta... Creo que esta noche podemos estar descansados y hasta reirnos un poco sin miedo.
- EL PADRE.—Es verdad: después de ese terrible parto, esta es la primera vez que me encuentro á gusto aquí, rodeado de mi familia.
- EL TIO.—Cuando la enfermedad entra en una casa, parece que hay un forastero en la familia.
- EL PADRE.—Y también se ve entonces que fuera de la familia no hay que contar con nadie.
- EL TIO.—Tienes razón.
- EL ABUELO.—¿Por qué no habré podido hablar hoy con mi pobre hija?
- EL TIO.—Bien sabe usted que el médico lo ha prohibido.
- EL ABUELO.—No se que pensar...
- EL TIO.—Es inútil que usted se inquiete.
- EL ABUELO.—(Indicando la puerta de la izquierda.) ¿No nos oirá mi hija?
- EL PADRE.—No hablaremos muy alto. Además la puerta es muy gruesa, y la Hermana de la Caridad que está con ella, nos advertiría si hiciésemos mucho ruido.

- EL ABUELO.—(Indicando la puerta de la derecha.) ¿No nos oirá el niño?
- EL PADRE.—Nó, nó.
- EL ABUELO.—¿Duerme?
- EL PADRE.—Supongo que sí
- EL ABUELO.—Será menester ir á ver.
- EL TIO.—Más me inquietaría la criatura que tu mujer. Tiene ya algunas semanas y apenas se mueve; ni siquiera ha proferido un grito. Parece un niño de cera.
- EL ABUELO.—Yo creo que es sordo y tal vez mudo... Eso es lo que traen los matrimonios consanguíneos.. (Silencio reprobador.)
- EL PADRE.—Casi le tengo aversión por el mal que le ha hecho á su madre.
- EL TIO.—Seamos razonables; ninguna culpa tiene la criatura. ¿Está solo en ese cuarto?
- EL PADRE.—Sí; el médico no quiere que esté en la habitación de su madre.
- EL TIO.—¿Pero está la nodriza con él?
- EL PADRE.—Nó; ha ido á descansar un rato; bien se lo ha ganado estos días.—Ursula, acércate un momento á ver si duerme.
- LA NIÑA MAYOR.—Voy padre. (Las tres hermanas se levantan, y cogidas de la mano, entran en el cuarto de la derecha.)

## ESCENA II

EL ABUELO, EL PADRE y EL TIO.

- EL PADRE.—¿A que hora vendrá nuestra hermana?
- EL TIO.—Creo que vendrá á las nueve.
- EL PADRE.—Son las nueve dadas. Me alegraría que viniera esta noche: mi mujer tiene muchas ganas de verla.
- EL TIO.—Con seguridad vendrá. ¿Es la primera vez que viene?

- EL PADRE.—No ha estado nunca en casa.  
 EL TIO.—Le es muy difícil abandonar el convento.  
 EL PADRE.—¿Vendrá sola?  
 EL TIO.—Seguramente la acompañará una de las monjas, pues, no pueden salir solas.  
 EL PADRE.—Pero ella es la Superiora.  
 EL TIO.—La regla es igual para todas.  
 EL ABUELO.—¿No estais inquietos?  
 EL TIO.—¿Por qué habríamos de estarlo? No pensemos más en eso; no hay nada que temer.  
 EL ABUELO.—¿Vuestra hermana tiene más edad que vosotros?  
 EL TIO.—Es la mayor de todos.  
 EL ABUELO.—No sé lo que tengo; no estoy tranquilo. Quisiera que vuestra hermana estuviera ya aquí.  
 EL TIO.—Vendrá; lo ha prometido.  
 EL ABUELO.—¡Quisiera que hubiera pasado ya esta noche!

## ESCENA III

Dichos y las TRES NIÑAS

- EL PADRE.—¿Duerme?  
 LA NIÑA MAYOR.—Sí, padre... profundamente.  
 EL TIO.—¿Que haremos mientras esperamos?  
 EL ABUELO.—¿Mientras esperamos qué?  
 EL TIO.—...Que venga nuestra hermana.  
 EL PADRE.—¿No ves venir nada, Ursula?  
 LA NIÑA MAYOR.—(A la ventana.) No, padre.  
 EL PADRE.—¿Y en la alameda? ¿Ves la alameda?  
 LA NIÑA.—Sí, padre. Hace luna y se ve la alameda hasta el bosque de los cipreses.  
 EL ABUELO.—¿Y no ves á nadie, Ursula?  
 LA NIÑA.—A nadie, abuelito.  
 EL TIO.—¿Que tiempo hace?

- LA NIÑA.—Muy hermoso. ¿Oyen ustedes los ruiseñores?  
 EL TIO.—Sí, sí.  
 LA NIÑA.—Se mueve un poco de viento en la alameda.  
 EL ABUELO.—¿Un poco de viento en la alameda, Ursula?  
 LA NIÑA.—Sí, los árboles tiemblan.  
 EL TIO.—Es extraño que mi hermana no esté ya aquí.  
 EL ABUELO.—Yo no oigo los ruiseñores, Ursula.  
 LA NIÑA.—Me parece que alguien ha entrado en el jardín, abuelo.  
 EL ABUELO.—¿Quién?  
 LA NIÑA.—No lo sé, no veo á nadie.  
 EL TIO.—No será nadie.  
 LA NIÑA.—Debe haber alguien en el jardín: los ruiseñores han callado de pronto.  
 EL ABUELO.—Yo no oigo pasos.  
 LA NIÑA.—Sí, alguien debe andar cerca del estanque, porque los cisnes tienen miedo.  
 OTRA NIÑA.—Y los peces del estanque se sumergen.  
 EL PADRE.—¿No ves á nadie?  
 LA NIÑA.—A nadie, padre.  
 EL PADRE.—Pues en el estanque da la luna de lleno.  
 LA NIÑA.—Lo que veo es que los cisnes tienen miedo.  
 EL TIO.—Estoy seguro de que es mi hermana quien los asusta. Habrá entrado por el postigo.  
 EL PADRE.—No me explico como no ladran los perros.  
 LA NIÑA.—Veo al mastín arrinconado en su caseta.—¡Los cisnes se van á la otra orilla!..  
 EL TIO.—Tienen miedo á mi hermana. Voy á

- ver. (*Llama*). ¿Eh? ¿eh?... ¿Estás ahí?... No hay nadie.
- LA NIÑA.—Estoy segura de que ha entrado alguien en el jardín. Ya lo verán ustedes.
- EL TIO.—¡Pues responderían!
- EL ABUELO.—¿Que no cantan otra vez los ruiseñores, Ursula?
- LA NIÑA.—No oigo ninguno en todo el campo.
- EL ABUELO.—No será porque hay ruido.
- EL PADRE.—Reina un silencio de muerte.
- EL ABUELO.—Debe ser algún desconocido el que los asusta, porque si fuera de la casa no callarían.
- EL TIO.—¿Pero es que vais á estar entretenidos con los ruiseñores?
- EL ABUELO.—¿Están abiertas todas las ventanas, Ursula?
- LA NIÑA.—La puerta vidriera es la que está abierta, abuelo.
- EL ABUELO.—Me parece que entra frío.
- LA NIÑA.—Hace un poco de viento en el jardín, abuelo, y las rosas se deshojan.
- EL PADRE.—Cierra la puerta, Ursula: es tarde.
- LA NIÑA.—Voy... No puedo cerrar la puerta, padre.
- LAS OTRAS DOS NIÑAS.—No podemos cerrarla.
- EL ABUELO.—¿Pues que tiene, hijas mías?
- EL TIO.—No es para alarmarse. Les ayudaré yo.
- LA NIÑA MAYOR.—No podemos acabar de cerrarla.
- EL TIO.—Es la humedad; empujemos todos... Debe haber algo entre las maderas.
- EL PADRE.—Mañana lo arreglará el carpintero.
- EL ABUELO.—¿Es que ha de venir mañana el carpintero?
- LA NIÑA.—Sí abuelo, ha de trabajar en la bodega.
- EL ABUELO.—¡Cuánto ruido hará en la casa!..

- LA NIÑA.—Yo le diré que trabaje con cuidado. (*Se oye afilar una hoz fuera*).
- EL ABUELO.—(*Sobresaltado*). ¡Oh!
- EL TIO.—¿Que es eso?
- LA NIÑA.—No lo sé, será el jardinero. No veo bién; es en la sombra que hace la casa.
- EL PADRE.—Es el jardinero que va á segar.
- EL TIO.—¿Siega por la noche?
- EL PADRE.—¿No es mañana domingo?—Sí.—He observado que alrededor de la casa la hierba está muy alta.
- EL ABUELO.—Hace un ruido esa hoz...
- LA NIÑA.—Es que siega ahí cerca.
- EL ABUELO.—¿Lo ves tú, Ursula?
- LA NIÑA.—No, abuelo; está en la sombra.
- EL ABUELO.—Temo que despierte á mi hija.
- EL TIO.—Nosotros apenas lo oímos.
- EL ABUELO.—Yo lo oigo como si segara dentro de la casa.
- EL TIO.—La enferma no lo oirá; no hay peligro.
- EL PADRE.—Me parece que la lámpara no arde bien esta noche:
- EL TIO.—Será menester ponerle petróleo.
- EL PADRE.—Le han puesto esta mañana. Alumbra mal desde que hemos cerrado la ventana.
- EL TIO.—Estará sucio el tubo.
- EL PADRE.—Ya alumbrará mejor.
- LA NIÑA.—El abuelo se ha dormido. Hace tres noches que no dormía.
- EL PADRE.—Ha estado muy intranquilo.
- EL TIO.—Se preocupa demasiado. Hay momentos en que no es posible hacerle entrar en razón.
- EL PADRE.—A su edad eso es disculpable.
- EL TIO.—¡Dios sabe lo que haremos nosotros cuando tengamos su edad!
- EL PADRE.—Tiene cerca de ochenta años.

- EL TIO.—Así se comprende que sea tan raro.  
 EL PADRE.—Quizás lleguemos nosotros á serlo más que él.  
 EL TIO.—Nadie sabe lo que puede ocurrir... A veces tiene cosas chocantes.  
 EL PADRE.—Como todos los ciegos.  
 EL TIO.—Meditan demasiado.  
 EL PADRE.—Como tienen tanto tiempo libre...  
 EL TIO.—No se ocupan en nada.  
 EL PADRE.—Y luego no tienen ninguna distracción.  
 EL TIO.—Debe ser terrible.  
 EL PADRE.—Pero se acostumbra uno.  
 EL TIO.—No puedo pensarlo.  
 EL PADRE.—La verdad es que son dignos de lástima.  
 EL TIO.—No saber uno donde está, de donde viene, á donde va; no distinguir el día de la noche... y siempre esas tinieblas... esas tinieblas. Yo preferiría no vivir.—¿Y no pueden curar?  
 EL PADRE.—Así parece.  
 EL TIO.—Pero no está completamente ciego...  
 EL PADRE.—Distingue las grandes claridades.  
 EL TIO.—¡Cuidémonos de la vista!  
 EL PADRE.—A ratos tiene ideas extrañas.  
 EL TIO.—Hay momentos en que no tiene nada de divertido.  
 EL PADRE.—Dice absolutamente todo lo que piensa.  
 EL TIO.—¡Pero antes no era así!  
 EL PADRE.—No; antes era tan cuerdo como nosotros; no decía nada extravagante. Verdad es que Ursula le anima y responde á todas sus preguntas..  
 EL TIO.—No debería hacerlo: contestarle es peor para él. (*Dan las diez*).  
 EL ABUELO.—(*Despertando*). ¿Estoy de cara á la puerta?

- LA NIÑA.—¿Ha dormido usted bien, abuelo?  
 EL ABUELO.—¿Estoy de cara á la puerta?  
 LA NIÑA.—Sí, abuelo.  
 EL ABUELO.—¿No hay nadie en la puerta.  
 LA NIÑA.—No, abuelo; no veo á nadie.  
 EL ABUELO.—Creí que esperaba alguien. ¿No ha venido nadie, Ursula?  
 LA NIÑA.—Nadie, abuelo.  
 EL ABUELO.—(*Al tío y al padre*.) Y vuestra hermana, ¿no ha venido?  
 EL TIO.—Es muy tarde; no vendrá ya. No debía portarse así con nosotros...  
 EL PADRE.—Principia á inquietarme. (*Se oye ruido como de alguien que entra en la casa*).  
 EL TIO.—¡Ya está ahí! ¿Habeis oído?  
 EL PADRE.—En efecto, alguien ha entrado en la planta baja.  
 EL TIO.—Es nuestra hermana. Conozco sus pasos.  
 EL ABUELO.—He oído caminar despacio.  
 EL PADRE.—Ha entrado poco á poco.  
 EL TIO.—Sabe que hay un enfermo.  
 EL ABUELO.—Ahora ya no oigo nada.  
 EL TIO.—Subirá enseguida; le dirán que estamos aquí.  
 EL PADRE.—Me alegro de que haya venido.  
 EL TIO.—Yo estaba seguro de que vendría esta noche.  
 EL ABUELO.—Tarda mucho en subir.  
 EL TIO.—Pues debe de ser ella.  
 EL PADRE.—No esperamos á nadie más.  
 EL ABUELO.—No oigo ningún ruido en la planta baja.  
 EL PADRE.—Llamaré á la criada y sabremos lo que es. (*Tira del cordón de una campanilla*).  
 EL ABUELO.—Oigo ruido en la escalera.  
 EL PADRE.—La criada que sube..  
 EL ABUELO.—Me parece que no sube sola.  
 EL PADRE.—Es ella la que hace tanto ruido. ...

- EL ABUELO.—Me parece que no sube sola.  
 EL PADRE.—Sube con cachaza  
 EL ABUELO.—¡Oigo los pasos de vuestra hermana!  
 EL PADRE.—Yo no oigo más que los de la criada.  
 EL ABUELO.—¡Es vuestra hermana! ¡es vuestra hermana! (*Llaman á la puerta oculta.*)  
 EL TIO.—Llama á la puerta de la escalerilla.  
 EL PADRE.—Abriré yo mismo, porque esa puerta hace mucho ruido: no sirve más que cuando uno quiere entrar aquí sin que nadie lo advierta. (*Entreabre la puerta; la criada queda á la parte de fuera, en el resquicio.*) ¿Está usted ahí?

## ESCENA IV

Dichos y LA CRIADA desde fuera.

- LA CRIADA.—Aquí, señor.  
 EL ABUELO.—¿Está vuestra hermana en la puerta?  
 EL TIO.—Yo no veo más que la criada..  
 EL PADRE.—No hay nadie mas que la criada. (*A la criada.*) ¿Quién ha entrado en la casa?  
 LA CRIADA.—¿Que quien ha entrado en casa, señor?  
 EL PADRE.—Sí; ¿no acaba de venir alguien?  
 LA CRIADA.—No, señor; no ha venido nadie.  
 EL ABUELO.—¿Quién está suspirando?  
 EL TIO.—Es la criada que está fatigada.  
 EL ABUELO.—¿Que llora?  
 EL TIO.—No; ¿por qué había de llorar?  
 EL PADRE.—(*A la criada*) ¿No ha entrado nadie hace un momento?  
 LA CRIADA.—No, señor; no.  
 EL PADRE.—¡Pero si hemos oído abrir la puerta!

- LA CRIADA.—He sido yo, que la he cerrado, señor.  
 EL PADRE.—¿Entonces es que estaba abierta?  
 LA CRIADA.—Sí, señor.  
 EL PADRE.—Y por que estaba abierta á estas horas?  
 LA CRIADA.—No sé; yo la había cerrado.  
 EL PADRE.—¿Quién, pues, la ha abierto?  
 LA CRIADA.—No sé nada; alguien habrá salido.  
 EL PADRE.—Es necesario que tenga usted mas cuidado. Pero no empuje usted la puerta; ¡va sabe usted que hace ruido!  
 LA CRIADA.—¡Si yo no toco la puerta!  
 EL PADRE.—¡Eso es! ¡Está usted empujando como si quisiera entrar!  
 LA CRIADA.—¡Pero si estoy á tres pasos de la puerta!  
 EL PADRE.—¡No hable usted tan alto!  
 EL ABUELO.—¿Que apagais la luz?  
 LA NIÑA MAYOR.—No, abuelo.  
 EL ABUELO.—Me parece que se ha hecho obscuro de pronto.  
 EL PADRE.—(*A la criada.*) Puede usted volverse; pero no haga tanto ruido en la escalera.  
 LA CRIADA.—Yo no he hecho ruido en la escalera.  
 EL PADRE.—Le digo á usted que si. Baje usted con cuidado: podría despertarse la señora.  
 LA CRIADA.—Pero si no he sido yo quién ha hecho ruido...  
 EL PADRE.—Y si viniera alguien, dígame que no estamos.  
 EL TIO.—¡Sí, diga usted que no estamos!  
 EL ABUELO.—(*Sobresaltado*) ¡No habiais de decir eso!  
 EL PADRE.—...A no ser que sea mi hermana ó el médico.  
 EL TIO.—¿A que hora vendrá el médico?

EL PADRE.—No podrá venir antes de las doce.  
(Cierra la puerta. Dan las once).

ESCENA V

EL ABUELO, EL PADRE, EL TIO,  
LAS TRES NIÑAS, y al final LA  
HERMANA DE LA CARIDAD.

EL ABUELO.—¿Ha entrado?

EL PADRE.—¿Quién?

EL ABUELO.—La criada.

EL PADRE.—No, se ha ido.

EL ABUELO.—Creí que se había sentado á la mesa.

EL TIO.—¿La criada?

EL ABUELO.—Sí.

EL TIO.—¿No faltaba más!

EL ABUELO.—¿No ha entrado nadie en la sala?

EL PADRE.—No, no ha entrado nadie.

EL ABUELO.—¿No está aquí vuestra hermana?

EL TIO.—Nuestra hermana no ha venido.

EL ABUELO.—¿Me quereis engañar!

EL TIO.—¿Engañarle?

EL ABUELO.—¿Ursula, por el amor de Dios, dime la verdad!

LA NIÑA MAYOR.—¿Abuelo! ¿Abuelo! ¿Que tiene usted?

EL ABUELO.—¿Algo pasa!... Estoy seguro de que mi hija está peor!...

EL TIO.—¿Pero está usted soñando?

EL ABUELO.—¿No quereis decirme!... ¿Pero yo bien sé que pasa algo!...

EL TIO.—En ese caso, sabe usted mas que nosotros.

EL ABUELO.—¿Ursula, dime la verdad!

LA NIÑA.—¿Si le decimos la verdad, abuelo!

EL ABUELO.—¿Esa voz no es la tuya de siempre!

EL PADRE.—Es porque usted la asusta.

EL ABUELO.—¿Tampoco tu voz es la misma!

EL PADRE.—¿Pero usted desvaría! (El padre y el tío se hacen signos de inteligencia para persuadirse de que el abuelo ha perdido la razón.)

EL ABUELO.—¿Conozco que teneis miedo!

EL PADRE.—¿Y á quién íbamos á temer?

EL ABUELO.—¿Por qué me quereis engañar?

EL PADRE.—¿Pero, quien piensa en engañarle?

EL ABUELO.—¿Por qué habeis apagado la luz?

EL TIO.—No la hemos apagado; se ve igual que antes.

LA NIÑA.—Me parece que está más oscuro.

EL PADRE.—Yo veo tan claro como siempre.

EL ABUELO.—¿Qué peso tengo en los ojos! ¡Hijas mías decidme lo que sucede; decidme-

lo por el amor de Dios, vosotras que veis!

Yo me siento solo, rodeado de tinieblas sin fin! ¡No sé quien se sienta á mi lado;

no sé lo que ocurre á dos pasos de mí! ¿Por qué hablabais antes en voz baja?

EL PADRE.—No ha hablado nadie en voz baja.

EL ABUELO.—Si, tu estabas hablando bajo en la puerta.

EL PADRE.—Pero ya ha oído usted todo lo que he dicho.

EL ABUELO.—¿Has metido á alguien en la sala?

EL PADRE.—¿Pero si le digo á usted que no ha entrado nadie!

EL ABUELO.—¿Es vuestra hermana ó un sacerdote?... No intentéis engañarme. Ursula ¿quien ha entrado?

LA NIÑA.—Nadie, abuelo

EL ABUELO.—No me engañeis; yo sé lo que sé!

¿Cuántos estamos aquí?

LA NIÑA.—Estamos seis alrededor de la mesa, abuelo.

EL ABUELO.—¿Estais todos alrededor de la mesa?

LA NIÑA.—Si, abuelo.

- EL ABUELO.—¿Estás ahí, Pablo?  
 EL PADRE.—Sí.  
 EL ABUELO.—¿Estás ahí Antonio?  
 EL TÍO.—Claro... estoy aquí, en mi sitio de siempre. ¿Pero, qué significa esto?  
 EL ABUELO.—¿Estás ahí, Genoveva?  
 UNA DE LAS NIÑAS.—Sí, abuelo.  
 EL ABUELO.—Estás ahí, Gertrudis?  
 OTRA DE LAS NIÑAS.—Sí, abuelo.  
 EL ABUELO.—¿Estás aquí, Ursula?  
 LA NIÑA MAYOR.—Sí, abuelo, al lado de usted.  
 EL ABUELO.—Entonces, ¿quien es el que está sentado aquí?  
 LA NIÑA.—¿Donde abuelo?—No hay nadie.  
 EL ABUELO.—¿Aquí... aquí... en medio de nosotros?  
 LA NIÑA.—¡Pero sí no hay nadie, abuelo!  
 EL PADRE.—¡No le dicen á usted que no hay nadie!...  
 EL ABUELO.—¡Es que vosotros no lo veis!  
 EL TÍO.—Vamos, tiene usted ganas de broma.  
 EL ABUELO.—No, os aseguro que no.  
 EL TÍO.—Entonces, crea usted á los que tienen vista.  
 EL ABUELO.—(*Indeciso*) Yo creí que había alguien... Me parece que no viviré mucho...  
 EL TÍO.—¿Por qué habíamos de engañar á usted? ¿Á qué santo?  
 EL PADRE.—Le decimos á usted la verdad.  
 EL TÍO.—¿Qué sacaríamos de engañarnos unos á otros?  
 EL PADRE.—No tardaría usted tampoco mucho en saber la verdad.  
 EL ABUELO.—(*Esforzándose para levantarse*) Oh, esas tinieblas! ¡Si yo pudiese romperlas!  
 EL PADRE.—¿A donde quiere usted ir?  
 EL ABUELO.—Por aquí...  
 EL PADRE.—No sea usted así.  
 EL TÍO.—¡Qué raro está usted esta noche!

- EL ABUELO.—¡Vosotros sois los que estais raros!  
 EL PADRE.—¿Le falta á usted alguna cosa?  
 EL ABUELO.—¡No sé lo que tengo!  
 LA NIÑA MAYOR.—Abuelo, abuelo, ¿que le hace á usted falta?  
 EL ABUELO.—Dadme las manecitas, hijas mías.  
 LAS TRES NIÑAS.—Sí, abuelo.  
 EL ABUELO.—¿Por qué tembláis, hijas mías?  
 LA NIÑA MAYOR.—No temblamos, abuelo.  
 EL ABUELO.—Me parece que estáis pálidas las tres.  
 LA NIÑA MAYOR.—Es tarde, abuelo, y estamos cansadas.  
 EL PADRE.—Mejor es que os marchéis á acostar... El abuelo también necesitará descansar un poco.  
 EL ABUELO.—¡No podría dormir esta noche!  
 EL TÍO.—Nosotros esperaremos al médico.  
 EL ABUELO.—¡Preparadme para decirme la verdad!  
 EL TÍO.—¡Si no hay ninguna verdad!  
 EL ABUELO.—¿Entonces, que es lo que pasa?  
 EL TÍO.—¡No le digo á usted que no hay nada!  
 EL ABUELO.—¡Quisiera ver á mi pobre hija!  
 EL PADRE.—Ya sabe usted que no es posible; no vamos á despertarla inútilmente.  
 EL TÍO.—Mañana la verá usted.  
 EL ABUELO.—No se oye ruido en su cuarto.  
 EL TÍO.—No estaría yo muy tranquilo si se oyese.  
 EL ABUELO.—¡Cuanto tiempo hace que no he visto á mi hija!... ¡La tuve ayer tarde cogida por las manos y no la veía!... No sé como se va quedando... No sé ya como es... No sé qué cara tiene... ¡Debe haber cambiado tanto en estos días!... He sentido bajo mis manos los huesecillos de sus mejillas... ¡Entre ella y yo solo hay tinieblas!... ¡Esto

no es vivir... esto no es vida!... ¡Todos, estáis todos ahí mirando mis ojos muertos, y nadie tiene piedad de mí!... No sé lo que tengo... no me decís nunca la verdad... y es tan espantosa esta soledad... ¿Pero, por qué no habláis?

EL TÍO. — ¿Qué quiere usted que digamos, puesto que usted no quiere creernos?

EL ABUELO. — ¡Teméis descubrirlos!

EL PADRE. — Pero comprenda usted al fin la razón...

EL ABUELO. — ¡Hace tiempo que me ocultáis algo!... Aquí ha ocurrido alguna cosa... Pero ahora principio ya á comprender... ¡Me habéis engañado tanto tiempo!... ¿Creíais que yo no sabría nunca nada? ¡Pues hay momentos en que soy menos ciego que vosotros! ¿Es que no os oigo cuchichear hace días y días como si estuviérais en casa de un ahorcado? No me atrevo esta noche á decir lo que sé... ¡Yo sabré la verdad!... Esperaré que la digáis vosotros, ¡aunque hace tanto tiempo que la sé á pesar vuestro!... ¡Lo que ahora sé es que estáis más pálidos que muertos!

LAS TRES NIÑAS. — ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¿Qué tiene usted?

EL ABUELO. — No hablo por vosotras, hijas mías, no hablo por vosotras... ¡Sé que me diríais la verdad si ellos no estuviesen aquí! Pero también á vosotras os engañan... ¡Ya lo veréis, hijas mías, ya lo veréis!... ¿Creéis que no os oigo sollozar á las tres?

EL TÍO. — Yo me marcho.

EL PADRE. — ¿Pero es que efectivamente mi mujer está tan mala como todo eso?

EL ABUELO. — No intentéis engañarme; ¡es ya tarde... sé toda la verdad mejor que vosotros!

EL TÍO. — (*Con ironía*) ¡Si estaremos nosotros ciegos!

EL PADRE. — ¿Quiere usted entrar en la alcoba de su hija? Está usted en un error y conviene que acabemos de una vez. Entre usted.

EL ABUELO. — No, ahora no... después.

EL TÍO. — Ya ve usted como no tiene razón.

EL ABUELO. — ¡No se sabe nunca lo que un hombre no ha podido decir en su vida!... ¿Quién hace ese ruido?

LA NIÑA MAYOR. — Es la luz de la lámpara que oscila, abuelo.

EL ABUELO. — Me parece que está muy inquieta... muy inquieta.

LA NIÑA. — Es el viento frío que la agita...

EL ABUELO. — No entra viento; las ventanas están cerradas.

LA NIÑA. — Creo que va á apagarse.

EL PADRE. — No tiene petróleo.

LA NIÑA. — Se apaga.

EL PADRE. — No podemos quedarnos á oscuras.

EL TÍO. — ¿Por qué no? — Yo estoy ya acostumbrado.

EL PADRE. — En la alcoba de mi mujer hay luz.

EL TÍO. — Encenderemos cuando venga el médico.

EL PADRE. — Verdad es que nos vemos bastante; entra claridad de fuera.

EL ABUELO. — ¿Es que está claro fuera?

EL PADRE. — Mas claro que aquí.

EL TÍO. — A mi me es indiferente hablar á oscuras.

EL PADRE. — A mi también. (*Silencio*).

EL ABUELO. — ¡Qué ruido hace ese reloj!

LA NIÑA MAYOR. — Es porque no hablamos, abuelo.

EL ABUELO. — ¿Y por qué calláis?

- EL TIO.—¿De qué hemos de hablar?—Usted esta noche no quiere entrar en razón.
- EL ABUELO.—¿Estamos muy á obscuras?
- EL TIO.—Hay claridad. *(Silencio.)*
- EL ABUELO.—No me encuentro bien. Ursula, abre un poco la ventana.
- EL PADRE.—Si, hija, abre un poco; yo también necesito aire. *(La niña abre una ventana.)*
- EL TIO.—Estamos cerrados mucho tiempo.
- EL ABUELO.—¿Está ya abierta la ventana, Ursula?
- LA NIÑA.—Si, abuelo, de par en par.
- EL ABUELO.—Pues parece lo contrario; no se oye fuera ningún ruido.
- LA NIÑA.—No, abuelo, no hay ningún ruido.
- EL PADRE.—¡Que silencio!...
- LA NIÑA.—Se oiría pasar un angel.
- EL TIO.—Por eso no me gusta el campo.
- EL ABUELO.—Quisiera hacer un poco de ruido. ¿Que hora es, Ursula?
- LA NIÑA.—Cerca de las doce, abuelo. *(El tío pasea de un lado á otro.)*
- EL ABUELO.—¿Quién anda así entre nosotros?
- EL TIO.—Yo soy, yo soy, no tenga usted miedo. Tenía ganas de pasear un poco. *(Silencio.)* Me siento otra vez; no sé donde pongo los pies. *(Silencio.)*
- EL ABUELO.—¡Quisiera estar fuera de aquí!
- LA NIÑA.—¿Donde quisiera usted ir, abuelo?
- EL ABUELO.—No lo sé... á otra habitación... á cualquier parte.
- EL PADRE.—¿Donde quiere usted que vayamos?
- EL TIO.—Es tarde. *(Silencio.—Sentados, inmóviles alrededor de la mesa.)*
- EL ABUELO.—¿Que es eso que oigo, Ursula?
- LA NIÑA.—Nada, abuelo; son hojas que caen... hojas que caen en la solana.

- EL ABUELO.—Cierra la ventana, Ursula.
- LA NIÑA.—Voy, abuelo. *(Cierra la ventana y vuelve á sentarse.)*
- EL ABUELO.—¡Tengo frío! *(Silencio. Las tres hermanas se abrazan.)* ¿Que es eso?
- EL PADRE.—Las tres hermanas que se abrazan.
- EL TIO.—Están muy pálidas esta noche. *(Silencio.)*
- EL ABUELO.—¿Que es eso?
- LA NIÑA.—Nada, abuelo, que me he frotado las manos. *(Silencio.)*
- EL ABUELO.—¿Que oigo, que oigo, Ursula?
- LA NIÑA.—No se, abuelo.. será que mis hermanas se mueven un poco.
- EL ABUELO.—Yo también tengo miedo hijas mías. *(En este momento, por un lado de los cristales penetra un rayo de luna que esparce claridades indecisos y extrañas en la habitación. Dan las doce, y después de la última campanada se oye muy vagamente el ruido como de alguien que se levanta muy de prisa.)* *(Temblando de un modo especial.)* ¿Quién se ha levantado?
- EL TIO.—¡No se ha levantado nadie!
- EL PADRE.—¡Yo no me he levantado!
- LAS TRES NIÑAS.—Ni yo! ni yo! ni yo!
- EL ABUELO.—¡Alguién se ha levantado de la mesa!
- EL TIO.—¡Encender la luz! *(Se oye de pronto un llanto á la derecha, en el cuarto del niño; llanto que continúa con gradaciones de terror hasta el final de la escena.)*
- EL PADRE.—¡Escuchad!... ¡el niño!
- EL TIO.—¡No había llorado nunca!
- EL PADRE.—¡Vamos á ver!
- EL TIO.—¡Luz! ¡luz! *(Se oye correr con pasos precipitados y sordos en el cuarto de la izquierda.—Después un silencio de muerte.—Los personajes escuchan mudos de terror,*

*hasta que la puerta del cuarto se abre lentamente, penetra la claridad de la pieza vecina en la sala y la Hermana de la Caridad aparece vestida de negro en la puerta.)*

LA HERMANA.—Ha muerto .. (Momento de indecisión y de terror, después de lo cual los personajes entran silenciosamente en el cuarto mortuario.)

### ESCENA ULTIMA

EL ABUELO, solo

EL ABUELO.—(Se levanta y anda á tientas alrededor de la mesa, en las tinieblas.) ¡Hijas mías! ¡hijas mías! ¿Donde vais?—¡Me han dejado solo!

TELON

## LOS CIEGOS

DRAMA EN UN ACTO